

“El Cardenal Cayetano, ¿comentador?”
Por Nicolás A. Lázaro (UNR – CONICET)

1. INTRODUCCIÓN Y OBJETIVOS

En el presente ensayo nos propusimos indagar acerca de la naturaleza de los comentarios en general, y de los comentarios filosóficos, o realizados por filósofos, o por todo aquél que se ponga a comentar con (o sin) pretensión de filosofar, en particular.

El tema que nos convoca surgió del debate en las pasadas Jornadas, tenidas también aquí mismo¹, y consideramos oportuno tratarlo ahora un poco más detenidamente.

Haremos el recorrido que acabamos de mencionar, puesto que quisiéramos aplicar nuestras reflexiones –particularísimamente– al autor que aquí, como aquella vez, nos ocupó: Tomás de Vio, el Cardenal Cayetano².

Oportunamente se nos preguntó si el Príncipe de los Comentadores no habría tenido más bien la intención de ponerse a filosofar, que la de –precisamente– comentar.

Ahondando un poco más todavía, preguntando sobre lo preguntado, planteamos el problema de si no será más bien éste de los comentarios, un género literario propio, o tal vez una subespecie de alguno de los ya tradicionalmente conocidos.

Sobre este mismo punto y al conversarlo con la Dra. Silvana Filippi, nos sugirió ella misma la idea de plantearnos si por caso “cada época de la Filosofía tendrá un género literario predominante y si esto se debe a alguna premisa teórica de fondo”. Sin lugar a dudas que apreciamos su consejo e incluimos esta sugerencia en nuestra reflexión.

Habiendo pasado algo de tiempo y tras otras muchas elucubraciones, nos atreveríamos a plantear la cuestión de la siguiente manera: ¿Son los comentarios a las obras filosóficas, en nuestro caso consideradas “clásicas”, una mera “explicación” de las mismas? ¿O, antes bien, es dable encontrar en los comentaristas una fuente de ideas novedosas y hasta distantes y diversas, respecto del texto que comentaron?

Para resolver esto, planteamos para nuestro escrito este recorrido:

¹ Xª Jornadas de Filosofía Medieval, “Vita flumen” 10 años en el pensamiento medieval. El título de nuestra presentación fue: “Tomás de Vio, el Cardenal Cayetano: un gran desconocido”.

² Aquella vez nos centramos en la persona del Cardenal Cayetano, Tomás de Vio, con la pretensión de mostrar cómo éste se apartó con sus comentarios del texto tomista, habiendo pasado aun así a la historia como un “*alter Thomas*”, como un “*Aquinatis quasi vivens*”.

En primer lugar intentar responder: ¿Cuál es la naturaleza de los comentaradores?

Tras ello, avanzar sobre el tema sobre si comentar textos de filosofía es también filosofar o pertenece, por ejemplo y más bien, a la “docencia” y el deseo de hacer más accesible el texto fuente a ciertos destinatarios, por así decir, menos “doctos”.

Otro momento lo dedicaremos a nuestro autor, trayendo a colación las intenciones, en sus mismas palabras, que formuló a la hora de ponerse a escribir.

Finalmente, algunas conclusiones.

Sin más preludios, comenzamos entonces.

2. LA NATURALEZA DE LOS COMENTADORES

El problema de la naturaleza de los comentaradores, y el de considerar a los comentarios como fuente filosófica es, y ha sido, una constante en la reflexión de los estudiosos.

La extensión y la variedad del tema es tan amplia, que abocarse a él implicaría remontarse a los propios Platón y Aristóteles.

En este sentido, la lectura y la producción misma de los comentarios filosóficos está directamente relacionado al estudio y mejor comprensión del desarrollo doctrinal de cierto autor.

Es decir, estaríamos frente a escritos cuya única pretensión sería la de facilitar al estudiante –o interesado– ciertos conceptos que debido a su complejidad podrían representar grandes dificultades, en especial a quien no estuviese del todo familiarizado con determinado filósofo.

Vale destacar que esta tarea sólo le sería posible a una persona docta en tal o cual tema o autor. Sólo quien haya dedicado gran parte de su vida de estudios y producción académica estaría en condiciones de explicarlo.

Hay aquí otra suposición, que no es tan evidente y subyace: la idea de que quien se pone a comentar ha comprendido *necesariamente* “bien” –o con cierta ortodoxia– al filósofo en cuestión. Pero, ¿será siempre esto así?

Damos una respuesta en sentido negativo: no todo aquél que se pone a comentar ha comprendido *necesariamente* “bien” al comentado, ni reproduce *siempre fielmente* la doctrina que pretende explicar; inclusive algunas veces incurre en caminos y conclusiones diversas (¡y hasta contradictorias!) a las del pensador propuesto.

Al preguntarnos por la naturaleza de los comentaristas, pretendemos clarificar cuál es el sentido, la misión y las condiciones por las cuales una determinada persona decide “comentar” y no precisamente desarrollar un nuevo escrito, por ejemplo en forma de ensayo.

El hombre puesto a comentar presupone, como anticipamos, al menos los siguientes aspectos:

1. Que ha comprendido rectamente el sentido de los términos utilizados por el autor.
2. Que está en condiciones, debido a su ortodoxia, de traerlo en formas más simples, sin perjudicar –claro está– el verdadero sentido de lo comentado.
3. Que sus conclusiones y posteriores desarrollos están en perfecta armonía con los principios del autor comentado.

Antes de pasar al siguiente punto, hagamos la siguiente reflexión.

En muchos casos el comentarista se considera discípulo fiel del autor que intenta explicar. Cuanto menos, lo toma para sí como maestro intelectual y busca por lo tanto inscribirse dentro de una determinada corriente filosófica ubicándose dentro de cierta escuela y aplicando sus principios a problemáticas actuales.

Puede darse el caso, como es obvio, de un comentarista que quiera glosar cualquier texto filosófico con el claro objetivo de separarse de él. Pero aquí el problema pasaría a ser menor, puesto que un comentarista de este tipo manifiesta siempre y en todo momento la pretensión de distanciarse y no de ubicarse en la misma línea filosófica. O tal vez sí comparta los mismos principios, pero desee señalar la incongruencia entre éstos y las conclusiones del autor glosado. Este tipo de comentarios, o comentaristas, caería –a nuestro entender– más propiamente dentro de la categoría de “crítica filosófica”, y no en el de “comentarios”.

3. SI EL COMENTAR ES FILOSOFAR, O SI LOS COMENTARIOS SON FILOSOFÍA

Viendo el título que nos ocupa, y tras lo que acabamos de exponer, la pregunta sobre si el comentar es filosofar, o si los comentarios son Filosofía, la cuestión parecería quedar resuelta. (A saber, los comentarios no son Filosofía).

Ahora bien, retomando los presupuestos según los cuales alguien se pone a comentar ¿podemos decir verdaderamente que uno ha comprendido *necesariamente*

“bien” el sentido de los términos que otro utilizó? ¿O que es realmente posible “simplificar” esos mismos sentidos en vistas a destinatarios menos avisados? ¿O, más aún, que las conclusiones propias del comentador estén en perfecta armonía con el comentado?

A este punto debemos distinguir si, en cualquier caso, es posible realizar un comentario. En este sentido la reflexión del comentador estaría tan atravesada por las circunstancias de una existencia tan personal y tan distinta (en algunos casos tan distante del comentado) que tal actividad resultaría mera apariencia.

En contraparte, podría plantearse asimismo la cuestión de si el comentar fue más bien la forma propia en la que se realizó, durante determinado período histórico, Filosofía.

Sobre todo esto es interesante ver el extenso trabajo de Miira Tuominen³, centrado en Platón y Aristóteles y sus comentadores.

En primer lugar la autora manifiesta que existe una tradición académica, extendida al día de hoy, que considera los comentarios como fuentes secundarias de los clásicos filósofos de fuste. Y debido a ésta, los comentarios y comentaristas han sido largamente considerados en sede filosófica como carentes de valor.

El objetivo de su escrito es poner de manifiesto la importancia *per se* de los comentarios. De hecho, siempre se han considerado los comentadores como aquellos que se limitaron a escribir acerca de los textos clásicos. Y señala precisamente que los comentadores habrían intentado dar respuestas a las cuestiones de su época del modo en que lo habían hecho los filósofos a los que comentan.

Precisamente aquí retomamos, como anticipamos, el planteo de nuestra Co-Directora de Investigación, la Dra. Silvana Filippi, cuando nos sugirió preguntarnos “si cada época de la filosofía tiene acaso un género literario predominante y si eso se debe a alguna premisa teórica de fondo”.

Pues bien, el primer punto parece tener –a nuestro entender– una clara respuesta: Cada época de la filosofía tiene un género filosófico predominante. Especialmente y en el tiempo que nos ocupa, por la influencia que los filósofos antiguos y medievales –decimos nosotros– tuvieron en el intenso período del Renacimiento.

Respecto del segundo punto, si se debe a alguna premisa teórica de fondo, no podríamos dar una respuesta para cada una de las etapas históricas de la Filosofía. Pero

³ Tuominen Miira, *The Ancient Commentators on Plato and Aristotle*, University of California Press, Berkeley-Los Angeles 2009.

sí estamos en condiciones de decir que, al menos en cuanto a la época en que vivió nuestro autor, sí estimamos había algunas premisas teóricas de fondo.

Por ejemplo, debido al decurso histórico por cual se veía transitar la Iglesia, por las dificultades morales y teológicas que afectaron a los hombres de su época, y en consecuencia, por el paulatino abandono de los principios filosóficos escolásticos, el orbe católico se encontró con la necesidad de proponer nuevamente las premisas fundamentales de la llamada “filosofía perenne”, magistralmente expuestas por Santo Tomás de Aquino.

De este modo –tomándonos cierta libertad– formularíamos más o menos así la premisa teórica de fondo que suponemos:

“Visto el caos reinante, habida cuenta de la decadencia moral, y previendo la posible catástrofe de un nuevo cisma (en el mejor de los casos), debemos volver a los principios sobre los cuales se cimentaron los siglos que nos precedieron”.

Volver a Santo Tomás de Aquino. Explicarlo nuevamente a las presentes generaciones. Y la forma de explicarlo (y traerlo una vez más al hoy) era necesariamente la de los comentarios. Era la respuesta que se debía dar. Y fue sin dudas la que dieron algunos de los hombres más destacados e influyentes de la época. Clarísimo ejemplo fue el Cardenal gaetano.

Esto se dio en la época en la que vivió el Cayetano. Lo que nos llama la atención es que se iteró casi tres siglos después, con la publicación de la Edición Leonina de la Suma Teológica, en la que debajo del texto tomista se imprimieron los comentarios del Cardenal: como si una cosa fuese explicación de la otra. ¡Una vez más, tres siglos después! ¡Paradoja! O se repite un error histórico, o con humor la Providencia Divina nos llama la atención.

Antes de concluir, analicemos todavía un poco y en forma más detenida a Tomás de Vio, el Cardenal Cayetano, puesto a comentar.

4. EL CAYETANO PUESTO A COMENTAR

Exploraremos ahora la *Summa Theologiae* junto con las intenciones del Cayetano. A tal efecto analizaremos lo que el Cardenal de Gaeta escribió al momento de realizar sus comentarios a la Suma de Teología.

En el *Praefatio* al tomo IV (que dedica el Cardenal Tomás de Vio al Cardenal Carrafam de Nápoles), y con que la edición del Papa León XIII (en adelante “leonina”) inició la publicación de la *Opera Omnia Sancti Thomae Aquinatis*, el Cayetano realiza esta declaración:

Nostrae vero huius susceptae expositionis hinc exorta ratio est, quia formalis sermo Doctoris nostri magnam recondit sensuum altitudinem, cum tamen verborum collocatio ac delectus, perplexi nihil habens, prima fronte lectorem videatur allicere, ac facilitatem sensuum polliceri. Verum multo aliter evenire sibi lector intellegit atque ab initio existimarat: repetita enim lectio Auctoris huius videtur augere potius quam decerpere sensus percipiendi difficultatem⁴.

Y también en nota al Prólogo de Santo Tomás a la *Prima Pars Summae Theologiae* –que es donde el santo expone el propósito y la intención de la obra, a la que dice el Cayetano adherir, haciendo la siguiente salvedad– dice lo siguiente:

Sed eatenus dico hic et ubique, quatenus reddita ratio testatur. Propterea, ubi defecero, correctori ut adiutori gratias ago. Verba quoque erroris, falsitatis, deceptionis, ignorantiae, et aliorum huiusmodi, non contra personas, sed contra opiniones et hoc etiam quatenus minus solidae sunt vel apparent, interpretanda esse volo: quoniam personis nullo pacto, opinionibus vero non nisi ut dissonant, adversari intendo⁵.

¿Cuáles son, pues, las intenciones del Aquinatense que el de Gaeta toma para sí como propias? Helas aquí:

Quia catholicae veritatis doctor non solum proventus debet instruere, sed ad eum pertinet etiam incipientes erudire [...] propositum nostrae intentionis in hoc opere est, ea quae ad Christianam religionem pertinent, eo modo tradere, secundum quod congruit ad eruditionem incipientium⁶.

Y aquí el Cardenal Tomás de Vio haciéndolas propias:

⁴ S.Th. I, Praefatio.

⁵ Comm. Card. Caie. in S.Th. I, Prologus.

⁶ S.Th. I, Prologus.

*Novitiis namque opus hoc conveniri dicitur, non rationi facilitatis, aut superficialis aut epilogalis aut introductorii tractatus: sed rationem sectarum superfluitatum, omissae repetitionis, et pulcherrimi ordinis ab ipso inventi; ut enim in precessu apparet omnes theologales difficultates, et ex propriis, hic distincte tractantur*⁷.

Confrontar los textos del de Gaeta con el de Aquino, como hemos hecho, nos permite sacar las siguientes conclusiones:

1. El Cayetano hace suyas las intenciones de Santo Tomás de instruir no sólo a los más avanzados, “*sed etiam incipientes erudire*”.
2. Además, al comentar la *litterae Thomae*, lo hará para repetirla meramente, así como también defenderla de los posibles errores, falsedades, desconocimiento y apocamiento (al parecer frecuentes) presentes en algunas opiniones. A este respecto deja en claro que sus comentarios son contra las opiniones y no contra las personas que las profesan. Pide, asimismo, a quienes hallen yerro de su parte, lo corrijan *ut adiutori*.
3. No se propondrá en sus comentarios ni poner ni quitar nada a la Suma, sino tan sólo repetir, facilitar, y ¡exponer! la doctrina tomista, apoyándose en la ayuda de tantos otros *fratres ordini Praedicatorum*.

Hasta aquí hemos ilustrado la particular situación de quien pasó a la historia como el Príncipe de los Comentaradores: el Cardenal Cayetano.

5. CONCLUSIONES

Haciendo un poco de síntesis:

Con anterioridad planteábamos el caso de si todos aquellos que se ponían a comentar lo hacían con la intención de desarrollar una idea propia o más bien la de inscribirse dentro de una determinada tradición o corriente filosófica.

El sentido común y la experiencia nos dicen que todo comentario que hagamos, supuesta la noble intención y concedido cierto grado de fidelidad, distará necesariamente en algo del texto original. Varios podrán ser los motivos: distintas

⁷ Comm. Card. Caie. in S.Th. I, Prologus.

lenguas (o distinto *uso* de la misma lengua, como es nuestro caso)⁸, etapas históricas diferentes, así como también situaciones personales diversas.

Ahora bien, esta distancia, por así decir, “necesaria” entre el texto fuente y la glosa del comentador ¿son razón suficiente para reconocer en los comentarios una Filosofía propia?

La situación adquiere todavía mayor dramatismo cuando el comentador, como en nuestro caso, presupone conocer acabadamente los principios del autor que glosará y supone exponerlo fielmente. ¡No sólo eso...! Además entiende defenderlo de posibles malas interpretaciones, ¡cuando es él mismo el que lo interpreta por senderos y sentidos del todo diferentes!

Señalamos también algunos autores tendientes a reconocer en los comentarios una fuente de Filosofía. Si bien aquéllos reconocen que ciertos comentadores emprenden su tarea con “libertad de espíritu”, y buscan antes que nada el exponer sus propias ideas, sobre este tipo de comentarios ya dejamos en claro que preferimos llamarlos ensayos o crítica filosófica, según sea la intención del autor y el tinte del escrito.

Pero, si dijésemos ahora que los comentarios son siempre una forma más de hacer filosofía, también incurriríamos en el debate que generare el siguiente planteo: Si no hay intención de decir nada diferente, ni de filosofar, sino tan sólo de comentar ¿hay pues, *proprie loquendo*, Filosofía?

Lo que también expresamos así: Si no hay deseo de filosofar, ¿puede un comentario (para nosotros filosófico) ser considerado Filosofía? Por supuesto que no. ¿Y entonces... qué hay? Diremos, dirigiendo la atención a nuestros autores, que es preferible en este caso hablar de “pensamiento” y no tanto de “Filosofía”.

Aclaremos que por Filosofía entendemos mejor una cierta corriente y sistema de principios generales destinados a explicar las diversas problemáticas en referencia a una

⁸ Recordemos y resaltemos que entre el latín utilizado por Santo Tomás de Aquino (para componer su obra) y el utilizado por el Cardenal Tomás de Vio (para comentar), no sólo mediaron aproximadamente trescientos años... sino que debido al período en que vivió el Cayetano, el latín que estudió y con el cual escribió es gramaticalmente superior al de Santo Tomás. Quien lea la S.Th. y seguidamente la glosa del Cardenal de Gaeta, lo advertirá inmediatamente.

Pero ¡jojo!, con esto no queremos decir que sea aquélla la causa principal por la cual se obró una considerable distancia entre el de Aquino y el de Gaeta (tal tema es motivo de otra investigación nuestra). Sencillamente señalamos un dato objetivo: el uso que del latín hicieron ambos autores es bien diverso.

Tampoco insinuamos que haya una relación directa entre un “mejor latín” y la doctrina resultante, como si dijésemos: porque el latín del Cayetano es más semejante al de los autores clásicos, su filosofía, su moral y su teología son mejores. O también: puesto que el latín de Santo Tomás está plagado de imperfecciones gramaticales (si entendemos que Aurelius Augustinus fue el último dueño del mejor estilo latino hasta el resurgimiento del mismo con los humanistas del Renacimiento), así entonces toda su doctrina. Antes bien, en este particular caso que nos toca, todo lo contrario.

cosmovisión, que pensamientos aislados e inconexos. La Filosofía sería en este sentido todos esos principios y todas esas explicaciones, en perfecta y recíproca armonía y adecuación.

Decíamos que plantear esto era entrar en un debate riquísimo y complejo. Muchas son las cosas que restan decir y precisar, pero pensamos que hemos dado una primera respuesta al tema de los comentarios del gaetano como fuente filosófica.

El Cayetano quiso comentar, para explicar mejor. Terminó tomando caminos diversos al de su maestro intelectual. ¿Es éste el caso de todos los comentaristas? No lo sabemos. ¿Podemos aplicar lo dicho del Cardenal Tomás de Vio a todos los comentaristas? Por supuesto que no.

Simplemente decimos que si la intención de un comentarista es la de ponerse a explicar un autor o tema en particular, y efectivamente lo hace, recurriendo a ejemplos o ilustrando diversamente el texto sin apartarse un ápice –ya de los principios, ya de las conclusiones– no pensamos que estemos propiamente hablando en presencia de una “nueva Filosofía”.

Si el comentarista, tomando los principios del comentado, llega a ulteriores conclusiones, que no sólo no invaliden los mismos puntos con los cuales inició, sino que además aporten nuevos conocimientos incorporándolos en concordancia con las anteriores conclusiones, entonces sí estamos frente a una fuente propia de Filosofía. Y a este daríamos el nombre de “desarrollador”. En el caso del aristotelismo, sería un aristotélico; en el del tomismo, un tomista.

Pero, volviendo al Cardenal de Gaeta, vislumbramos que una tarea a futuro podrá ser para nosotros el realizar un estudio acabado de sus obras completas y ver si a partir de ellas es dable sostener una Filosofía o un Tomismo Cayetano. Por ejemplo, si estudiando sus comentarios será posible educir los principios filosóficos, teológicos, morales, etc., que lo llevaron a comentar de tal modo y a distanciarse tanto del Santo de Aquino.

Y esto porque Tomás de Vio se propuso ser un comentarista, ni poner ni quitar nada a la obra de Santo Tomás, en todo caso defenderla. Y terminó por generar nociones propias, “nuevas ideas”. ¿Será un “tomismo cayetano”? ¿Podrá serlo si su mismo mentor nunca tuvo la intención...?

Sin dudas, un interesante programa de estudios...

Nicolás A. Lázaro
(UNR – CONICET)